

HOMILÍA EN LA MISA FUNERAL POR EL ETERNO DESCANSO DEL PAPA BENEDICTO XVI (*Catedral del Buen Pastor, San Sebastián, 7 de enero de 2023*)

“Gesù, ti amo!” “Maite zaitut, Jesus!” “Jesús, te amo”. Benetan hunkigarria. Hitz horiek entzutean, benetan, bihotza hunkitzen zaigu. Los testigos confirman que esas fueron las últimas palabras que salieron de sus labios. Sencillas pero conmovedoras. Ante palabras así, uno se siente envuelto en el misterio. Y nos sucede casi como que enmudecemos. Parece que sobran las palabras, pero, en verdad, lo que sucede es que nuestras palabras no alcanzan a abarcar el misterio que se envuelve en esa sencillez y en ese bello estupor que produce escuchar un sincero “te quiero”.

Eliztar maiteok,
Os invito hoy a fijarnos en una imagen que nos ofrece la primera lectura que hemos escuchado. El libro de la Sabiduría nos ha hablado de unas manos: en las manos de Dios. Así hemos escuchado: “Las almas de los justos que han muerto están en las manos de Dios”. Es una imagen muy bella para hablar de la realidad de la muerte, aun en medio del dolor y el sufrimiento que esta siempre provoca.

Pensemos en esas manos de Dios. Pentsa dezagun esku hoietan. La fe nos lleva a confiar en que el Papa Benedicto XVI, que ha sido un hombre bueno y justo, ha pasado a vivir “en las manos de Dios”. En ello confiamos. Confiamos en que eso es algo que será así también para nosotros. Un día así será para todos. De tener la vida en sus propias manos, y en manos de tantos que le acompañaron, Benedicto XVI ha pasado a tenerla en las manos del Padre.

Tal vez el morir sea, simplemente, eso: “pasar a las manos de Dios”, entregarse a las manos de ese Dios bueno que nos acoge. Es la fe la que cree en esperanza. Horixe da gure fedea, hori da gure itxaropena. Confiamos en que las manos del Padre Dios son las manos que nos recibirán al morir. Manos de amor, de misericordia, de consuelo; manos de cercanía, confianza; manos firmes y tiernas al mismo tiempo. Pasar a estar en las manos de Dios Padre es pasar a estar en las mejores manos en las que, sin duda, podemos estar.

Son manos, por otra parte, conocidas. Muchas veces en la vida nos sostienen y acompañan, quizá en ocasiones sin darnos cuenta. Los creyentes confiamos —con temor y temblor— que esas manos nos acompañan siempre y no nos dejan. Así hemos rezado con el salmista: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, Señor, porque tú vas conmigo”. Así lo creemos, porque son las manos de un Padre. En él creemos. En él ha creído profundamente el Papa Benedicto XVI. Confiamos que esas manos son las que hayan recibido a Benedicto XVI y en las que él ya descansa. Agradecidos, pues, encomendamos hoy a Dios su eterno descanso en esta Eucaristía.

El Papa Francisco decía anteayer en la Solemne misa de exequias en el Vaticano que “es el Pueblo fiel de Dios el que, reunido, acompaña y confía la vida de quien fuera su pastor. Como las mujeres del Evangelio en el sepulcro, estamos aquí con el perfume de la gratitud y el unguento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años”. Unción, sabiduría, delicadeza, entrega...

Verdaderamente, Benedicto XVI ha sido un hombre de una personalidad extraordinaria. De naturaleza tímida, pero de sensibilidad exquisita. Un hombre de Dios, rico en humanidad; amante de la belleza y de la ciencia; un infatigable buscador del rostro de Dios y un fiel y solícito servidor de la Iglesia, como el grano de trigo que cae en tierra y muere dando fruto del que nos ha hablado hoy el Evangelio. Benetan, Benedikto XVI.a handia handien artean izan da. Un hombre grande entre los grandes. Un cualificado y ejemplar testigo de la fe ¡hasta el final!

El pasado mes de febrero, el entonces obispo emérito de Roma escribía lo siguiente: “Pronto me encontraré ante el juez supremo de mi vida. Aunque pueda tener motivos de temor y miedo cuando miro hacia atrás en mi larga vida, me siento, sin embargo, feliz, porque confío firmemente en que el Señor no sólo es el juez justo, sino, al mismo tiempo, Él es el amigo”.

Sí, esa es la experiencia. Es la experiencia de haber descubierto en Jesús al amigo. Ese amigo que, a pesar de que nos conoce, o, precisamente porque nos conoce, nos quiere. Es el amigo que nunca falla. El amigo que está por nosotros aun cuando no lo merecemos. Así es la verdadera amistad. Por eso suele ser un bien escaso, pero es un don maravilloso del cielo cuando uno encuentra a alguien así.

Desde esta experiencia profunda de cercanía con “el Amigo”, el Papa Benedicto XVI, este Papa sabio, delicado y lleno de unción puede decir: “Te quiero, Jesús”. Tan solo tres sencillas palabras. Tres palabras que lo dicen todo. En ellas se resume la conclusión de una apasionante búsqueda. Buscando el rostro de Jesús, escribiendo sobre él magistralmente, especulando desde la razón teológica en esa búsqueda, Benedicto declara, feliz, el resultado de su encuentro: “Jesús, te quiero. Tú de verdad eres el amigo. Tú me has amado primero. Por eso te digo con el último aliento: Te quiero, Jesús. Maite zaitut, Jesus”.

Ojalá nosotros, que caminamos en la fe, en medio de claroscuros, sepamos acertar así en nuestra búsqueda y lleguemos a esa misma conclusión: Jesús nos ama siempre, más allá de toda circunstancia. Él es el amigo que nunca falla. Ahí encontramos nosotros la causa de nuestra alegría y la consiguiente razón para amar a nuestros hermanos.

Que el Señor nos dé la gracia de descubrir esta profunda amistad con Él. Que los vaivenes de la vida no nos roben la certeza de saber que nuestras vidas siempre están en las manos de ese Padre Dios que nos acompaña siempre, ahora y en la eternidad. Que así sea. Descanse en paz nuestro gran Papa Benedicto XVI, que en su último aliento nos ha dado el sublime testimonio de esa confianza que tanto necesitamos hoy. Gracias, maestro y hermano mayor, nuestro querido pastor universal, sencillo y humilde trabajador en la viña del Señor. Benetan eta bihotzez: Eskerrik Askok! Que su alma y las almas de todos los fieles difuntos, por la misericordia de Dios descansen en Paz.

+ Fernando
Obispo de San Sebastián
Donostiako gotzaina